LIBRO NOVENO

En que se trata de vidas y excelentes virtudes en que han resplandecido Hermanos, así estudiantes como Coadjutores temporales de la Compañía de Jesús, en la Provincia de Nueva España.

CAPITULO I.

Del motivo y razón que hay para escribir y juntar aquí estas vidas y ejemplos.

Muy agradecida y reconocida á la divina Bondad debe estar nuestra Provincia de Nueva España, porque así como se ha mostrado liberal en comunicar sus excelentes y divinos dones á varones de ella, esclarecidos en el grado sacerdotal que han sido eminentes en virtud y letras, y en otros dones de la predicación evangélica y ministerios apostólicos, con grandes frutos y aprovechamiento espiritual de las almas (como en varias partes de la historia queda escrito), así también esa misma divina Bondad se ha dignado repartir de sus celestiales dones con Hermanos nuestros, los cuales, ó siendo estudiantes que no habían subido al grado sacerdotal, ó siendo Coadjutores temporales en la Compañía de Jesús, ó todavía novicios, pasaron á la gloria, habiéndonos dejado ejemplos excelentes de virtudes heroicas, que en todos grados de la Religión debemos y podemos imitar con la gracia divina. Y aunque algunas otras semejantes á estas vidas y dichosas muertes quedan escritas y esparcidas atrás, hablando de diferentes fundaciones de Colegios; pero por mostrarnos agradecidos á tan divinos beneficios hechos á nuestra Provincia de Nueva España (de quien habla esta historia), ha parecido conveniente el juntar aquí otras muchas en que se ha mostrado para con ella muy liberal la divina Clemencia. Y

pues hablando el Angel San Rafael á Tobías de los beneficios que por orden de Dios le había hecho en acompañarle en su peregrinación y viaje, le dijo que el manifestar las obras de Dios era honrarle y magnificarle. Y siendo cierto que no han sido inferiores al beneficio que recibió Tobías, los que recibieron nuestros Hermanos, los cuales, en la profesión evangélica de nuestra Religión, y ayudados de los dones de la abundantísima gracia de este dichosísimo estado, caminaron á la gloria cargados de riquísimos dones de merecimientos, y siendo estos de mayor estima que haber vuelto Tobías cargado con el dinero y paga de la deuda que le debían en Rages á su padre, y puéstole en el estado de matrimonio con Sara su mujer, y aunque juntemos á eso el haber recibido su padre la vista corporal por medio del Angel Rafael, el cual, hablando de estos beneficios enseñó y dijo á los Tobías, viejo y mozo, esta doctrina: «*Vos autem benedicite Deum, et narrate omnia mirabilia eius,*» que fué lo mismo que decirles que contasen, publicasen y diesen gracias á Dios por los beneficios que habían recibido de su divina mano. Pues con cuanta mayor razón podemos dar gracias á la divina Bondad y contar en este libro, dedicado á este intento, los beneficios que ha hecho á nuestra Provincia mexicana (como lo hace con las demás de la Compañía), de haberle no sólo dado Sacerdotes y Ministros evangélicos de eminentísimos talentos de letras, religión y virtud, sino también sujetos que en el grado humilde de Hermanos nuestros le ayudaron con sus trabajos santos, perseverando muchos años en ellos, y con los ejemplos admirables que dieron de sus virtudes; y otros, que aunque acabaron presto con el curso de su peregrinación y jornada, en ese breve tiempo se adelantaron tanto en la perfección religiosa, que llegaron con abundancia de merecimientos al término de la bienaventuranza eterna.

De unos y otros ha dado Nuestro Señor á nuestra Provincia mexicana buen número; esto es, de Hermanos estudiantes, que aunque se criaban y disponían para los ministerios del sacerdocio, quiso Nuestro Señor llevárselos en su juventud florida de virtudes, antes que llegasen á este grado, pero muy aprovechados en religiosa perfección; otros, que sólo entraron en la Compañía para Coadjutores en lo temporal de la Religión y también se adelantaron en esa misma perfección; con que ha mostrado la Divina Providencia cuánto le agrada la ayuda que los tales Hermanos hacen en los oficios de su grado, á los Padres y Ministros evangélicos de la Compañía. Todo lo cual se conocerá en las vidas y ejemplos de excelentísimas virtudes de que hablaremos en este libro, siguiendo más el orden del tiempo en que con sus dichosas muertes creemos habrán pasado al Cielo, que no la dignidad de grados de Religión en que se ocuparon.

En algunas de estas vidas nos alargaremos más, por pedirlo así el discurso de ellas y los ejemplos de virtudes que en ellas resplandecieron; en otras nos reducimos á mayor brevedad, por haber sido más breve el discurso de ellas. Pero eso, no obstante, porque los ejemplos que en ese breve discurso de tiempo nos dejaron, pueden servir de consuelo y edificación nuestra, los juzgamos por dignos de aquesta historia, pues esos mismos ejemplos los podemos tener por prendas de que sus nombres también están escritos en el Libro de la Vida; y si en tan dichoso Libro de escogidos de Dios están escritas tales obras y merecimientos, agradable también será á Su Divina Majestad que

se escriban en esta historia. A que se añade, que el sacar á luz esos ejemplos, es librarlos del olvido, y un modo de darles vida y hacerlos presentes, y un suave y eficaz medio para con ellos alentar y afervorizar los ánimos de los hombres á que sigan las virtudes. Y buen testimonio nos dejó de esta doctrina el gran Pontífice y Doctor de la Iglesia San Gregorio, que en los libros de sus diálogos escribió sumariamente ejemplos y acciones de varones y siervos de Dios de su tiempo; que aunque breves, juzga el Santo, sería gloria de Dios que hubiese noticia de ellas en el mundo. Bien pudiera Cristo Nuestro Señor haber hecho el beneficio que hizo á la Cananea de libertar á su hija del poder del demonio, sin publicar ni predicar (como lo hizo) aquel acto de fe y confianza que aquella mujer mostró en su petición y ruegos; pero no quiso callar el Autor de la Vida aquel acto de tan grande ejemplo, y predicarlo diciendo: «*O mulier magna est fides tua!*» Y este mismo acto quiso que predicasen sus Evangelistas. Y la misma doctrina podemos aprender de las historias eclesiásticas, en las cuales, si bien leemos martirios y penas prolongadas que por tiempo de 20 años padeció el insigne mártir San Clemente, Obispo de Ancira; pero de otra Santa mártir no nos dice más el Martirologio Romano, á los 22 de Septiembre, sino que yendo con su cántaro por agua á la fuente y encontrando con una cuadrilla de santos confesores que les llevaban á martirizar, dejando su cántaro, se puso entre ellos, y con esa breve acción se halló con la corona y palma del martirio. Y de otra se celebra en el mismo Martirologio, que porque dió un jarro de agua á una santa que llevaban á martirizar, por ese acto de caridad cristiana le dió por premio Dios Nuestro Señor la gloria de mártir á 28 de Octubre. Y sobre todo lo dicho y en confirmación de ello, nos podemos valer de lo que leemos en la Sagrada Escritura é historia evangélica, en la cual los Sagrados Evangelistas no quisieron callar el acto heroico de conversión que hizo el Buen Ladrón á la hora de su muerte, que antes no había sido bueno en su vida, ni la perdía como los mártires, por confesar á Cristo, sino que le sentenciaron á muerte por sus pecados y delitos; y si con ser esa una confesión, aunque heroica, pero tan breve, no quisieron los historiadores del Evangelio callarla, y lo que más es, que el mismo Hijo de Dios quiso canonizar y publicar esa acción de un pecador arrepentido, que sólo fué santo á la hora de su muerte, diciéndole: «*Hodie mecum eris in paradiso.*» Pues si fué digna de historia sagrada una conversión y penitencia tan breve, por qué no serán dignos de una historia eclesiástica y religiosa los ejemplos de virtudes evangélicas que nos dejaron muchos siervos de Dios, y en que perseveraron muchos años, ya ejercitando actos de amor de Dios, en que consiste la perfección cristiana, y actos de obediencia y pobreza evangélica, ya de abnegación de sus quereres y voluntad propia, haciendo sacrificio á Dios de sí mismos en un holocausto perpetuo: acto que comparan los santos á un prolongado martirio por medio del cual son innumerables las almas que han pasado al Cielo; cuyos ejemplos, aunque no son ni los escribimos como de santos canonizados, pero son de mucha utilidad en la Iglesia de Dios, y motivo para que los imiten los fieles. Porque si los Sagrados Evangelistas juzgaron por digna de historia evangélica la dichosa muerte de un pecador arrepentido que murió confesando á Cristo y pidiéndole perdón de sus pecados, por qué no serán dignas de religiosa historia las dichosas muertes de los siervos de Dios, que vivieron en la Religión, confesándolo, alabándolo y amándolo, y en su muerte ofreciendo en sus divinas manos su espíritu, cuales son las vidas y muertes que aquí escribimos? Finalmente, el Espíritu Santo nos enseña, que hay grandes siervos de Dios que en breves años de vida y de Religión, dieron alcance á virtudes muy perfectas y obras santas que á otros les costaron muchos años de ejercicios de devoción y penitencia: *Consummatus in brevi explevit tempora multa.* Por eso de los unos y de los otros escribiremos en este libro, pues con los unos y los otros resplandece la sabiduría divina y alteza de su predestinación; y daremos principio á estas vidas por las de aquellos Hermanos nuestros, que aunque entraron en la Compañía para servir al Señor en el grado sacerdotal, y en ministerios que ayudan á la salvación de las almas, la Divina Majestad se complació de llevárselos en flor del jardín de la Religión, y premiarles esos deseos por frutos sazonados en la gloria; y después de estos escribiremos las vidas de Hermanos nuestros, que por muchos años trabajaron en ayudar en lo temporal á los que se emplearon en ministerios evangélicos, y llevar muchas almas al Cielo.

CAPITULO II.

Vida y ejemplares virtudes del Hermano Jerónimo López, estudiante de la Compañía de Jesús. Año de 1612.

Aunque sea breve la relación que haremos de la ejemplar vida y dichosa muerte del Hermano Jerónimo López, con todo, juzgamos por conveniente no se quede del todo en el olvido su memoria, pues los ejemplos de virtud que nos dejó, pueden servir de edificación y consuelo á sus Hermanos y á la Provincia, á la cual Dios Nuestro Señor se lo dió por muy amado hijo y ejemplar. Y aunque en la vida y muerte de este muy religioso mancebo quiso la divina Bondad abreviar, pues se lo llevó de edad de 23 años y solos 5 de la Compañía, en la cual había entrado para el grado sacerdotal; pero en ese breve tiempo y antes de llegar á ese grado, se supo aprovechar tanto en la virtud, que lo halló Dios sazonado para que fuese á gozar de los años dichosos de la eternidad; y como Su Majestad disponía llevárselo temprano, también lo comenzó á prevenir, pues aun siendo niño Jerónimo, era tan inclinado á la virtud, que su madre le escondía los cilicios con que hacía penitencia en esa edad; siendo, entre ellos, un rallo de hierro, y acostándose en el suelo, dejando la cama, después que ya todos dormían, para hacer esa su penitencia con más disimulación; consigo sólo era riguroso, con los demás, sobremanera comedido con discreción, y en sus devociones muy afectuoso y ejemplar. Cuando novicio, con no tener más que 18 años, procedía con tanta observancia, que parecía hombre perfecto y de muy probada religión y virtud. Era ejemplo á los demás, dado al ejercicio de la oración, no contentándose con la que de Regla en la Compañía se usa, juntando con esto la puntuali-

dad y estimación del estado que Dios le había dado. Por aprovechar en él, tomó por patrona á la Virgen Santísima, rezándole á esta intención cada día su oficio, sin dejarlo aun en la enfermedad de que murió, hasta que se le mandó por los médicos lo dejase, y al mismo intento, ayunaba perpetuamente todos los sábados. Mostró el filial afecto que le tenía antes que muriese, pues mirando una estampa de la Coronación de la Virgen, entre otras cosas, dijo con grande afecto y ternura: «Que deseaba ver á la Santísima Trinidad, aunque no fuese sino para darle gracias por los privilegios y dones que había dado á la Virgen, y que éste había de ser su perpetuo oficio en el Cielo.» Por esto, se puede píamente entender que por intercesión de la Virgen, alcanzó vivir toda su vida puro y morir virgen, como murió; y el ser amado y respetado de todos, más que otros de su grado. Resplandecía su gran sufrimiento y mortificación en cosas adversas, pues por ninguna ocasión se alteraba ni defendía, aunque tuviese la razón por su parte. Nunca se le oyó palabra de murmuración ó queja de otro, ó decir cosa que oliese á alabanza ó estimación propia. Mostraba la candidez del corazón en la sencillez del rostro; su puntualidad en ejecutar las cosas de la obediencia fué grande, sin dar jamás muestra alguna de repugnancia. Para mayor perfección de la santa pobreza, buscaba el vestido pobre y remendado, cosiendo y remendando por su mano, aun los zapatos, lo mejor que podía; y andaba á recoger las plumas que sus condiscípulos desechaban por inútiles y gastadas, y como mejor podía se aprovechaba de ellas. Y finalmente, se echaba de ver cuán de veras se había entregado á Dios este muy religioso mancebo, en que vivía tan apartado de afecto de carne y sangre, y con sus deudos era tan extraño, que si acaso por obediencia les iba á visitar ó tratar algún negocio, desde el patio les hablaba, sin querer subir á visitarles. Hallándolo Dios ya sazonado para el Cielo, cayó enfermo, quiso confesarse generalmente, en que gastó de tiempo lo que en una confesión ordinaria de cada ocho días; juzgando que se había de morir de aquella enfermedad, repetía muy á menudo con grande alegría: *Laetatus sum in his, quæ dicta sunt mihi, in domun Domini ibimus.* Un día que pareció estar con alguna mejoría, dándole el parabién lo recibió con notable pena, significando el gran deseo que tenía de ver á Cristo Nuestro Señor, á quien afectuosamente hablaba, y con su Santísima Madre, pidiendo instantemente á los Padres le hablasen de Nuestro Señor, enterneciéndose sobremanera con la memoria del Cielo; adonde se juzgó, que desde luego fué á gozar de la gloria que el mismo Señor le tenía guardada, por la perfección de su santa vida. Testigo fuí yo de la grande virtud de este angelical Hermano desde el tiempo de su noviciado, donde concurrimos juntos, y en él era el ejemplo de modestia, humildad y de todas las demás virtudes, que juntas con la suavidad de su condición, á todos se hacía amable. Pasó de esta vida mortal á la inmortal y eterna, el año de 1612 y está enterrado en nuestro Colegio de México.

CAPITULO III.

Virtudes y dichosa muerte del Hermano Francisco Jiménez, estudiante de la Compañía de Jesús. Año de 1613.

Aunque el Hermano Francisco también había entrado en la Compañía para servir á Dios en ella, en el grado sacerdotal, pero antes que lo consiguiese, le halló sazonado para trasladarlo al Cielo su divina Majestad. Fué hijo de honrados padres y natural de Carcola, en la Andalucía, y habiendo estudiado Gramática y tenido fuerte vocación de entrar en la Religión en la Compañía, fué recibido en la misma Provincia y remitido para tener su probación á su noviciado de Montilla. Pero sucedió que, dentro de cinco ó seis días que estuvo en él, le sobrevinieron unas calenturas y fríos que le duraron por tiempo de seis meses continuos, y fueron causa de que los Superiores juzgaron sería bien, antes que pasase adelante en su noviciado, volverlo á Carcola, para ver si los aires de la patria le eran más favorables para cobrar la salud. Esta resolución le fué muy violenta y amarga al Hermano Francisco, que estaba muy contento con la vocación y estado á que Dios le había llamado, pero fuéle forzoso el ponerla en ejecución. Habiendo, pues, llegado á su tierra, mejoró en la salud, y perseverando en su vocación, no fueron poderosos los regalos que sus padres y parientes le hacían, ni el amor de la patria, para detenerle ni retardarle un punto para salir de ella; y poniéndose en camino á ir en busca del Padre Provincial de Andalucía para que le volviese á recibir, el cual, viendo sus perseverantes deseos de servir á Nuestro Señor en la Compañía, le volvió á recibir, entrando de nuevo en su amado noviciado; en él era ejemplo de toda virtud y muy en particular en la puntualísima obediencia que se profesa en la Compañía de Jesús; y esta perfecta obediencia se echó bien de ver en el Hermano Francisco, en una bien dificultosa, que aun siendo novicio, le propuso el Superior. Porque estando haciendo oficio de enfermero en la Casa Profesa de Sevilla, y después que tenía algunos meses de noviciado, encontrándole un día de repente el Padre Provincial, le dijo: «Hermano, ¿quiere ir á las Indias?» A lo cual respondió: «Yo, Padre, no tengo que ir, ni quisiera tenerlo, haré lo que se me mandare.» «Pues yo le mando que vaya (dijo el Padre Provincial);» y el Hermano respondió: «Pues yo, Padre, iré de muy entera voluntad.» Tan aprovechado como esto estaba ya el novicio en la virtud de la santa obediencia.

Esta ejecutó pasando á nuestra Provincia de Nueva España, en compañía de otros sujetos que trajo á ella el P. Francisco Baez, que volvía de Roma, adonde había ido por Procurador el año de 1610. Habiendo, pues, llegado á México el Hermano Francisco, fué enviado para que acabase su noviciado al de Tepotzotlán, donde luego que llegó, pidió á su Superior y maestro de novicios que no le tratasen como á huésped que venía de tan larga jornada, ni había menester descansar de los trabajos del mar, sino que le dejasen acudir á todos

los ejercicios con los demás de la comunidad. Acabado su noviciado, en que procedió con mucha edificación, oyó un año de Seminario, y habiendo leido otro de Gramática en la Puebla; y después, comenzando el curso de Artes, quiso Dios darle el premio de su pronta y puntual obediencia; saltóle una calentura maligna que quebró en tabardillo, tan recio y furioso, que le acabó á los nueve días de su enfermedad, persuadiéndose, desde el primero que cayó en la cama, que Dios se lo quería llevar; y así, á los que le preguntaban cómo estaba, respondía que ya de camino; preparóse bien para su partida, confesándose generalmente y recibiendo los demás Sacramentos con mucha ternura y devoción. Pocos días antes había tenido unos ejercicios espirituales, de que había salido con nuevo fervor, acudiendo muy á menudo á su Padre espiritual, hilando tan delgado en ellos, que aun en cosas muy menudas, en que no había ni pecado venial, reparaba; lo cual hizo pocos días antes que muriese más en particular; y preguntado de un Padre qué era la cosa que más le remordía la conciencia, lo que le respondió fué que una materia en que el Padre no halló sustancia ni aun de leve pecado venial. Parece que tenía algunos prenuncios de muerte algunos días antes de esta enfermedad, diciendo varias veces que no vería en este mundo el día de nuestro Padre San Ignacio, porque esperaba gozarlo y verlo donde se hacía su fiesta con mayor celebridad.

Demás de eso, habiendo muerto tres meses antes un Hermano suyo, Religioso de la Merced, á quien Nuestro Señor la hizo, en que dentro de quince días después de recibido en la Religión, murió, dándole su profesión, y cuando el Hermano Francisco supo esta muerte, el sentimiento que hizo (después de haber dado gracias á Nuestro Señor por el beneficio que había hecho á su Hermano), fué envidiarle su buena muerte y pedirle le alcanzase de Nuestro Señor buena muerte como la suya; y quedó tan confiado de alcanzarla, que dijo muchas veces que sin duda su Hermano le llevaría consigo con mucha brevedad, para que ambos en el Cielo gozasen de Dios. En conformidad de esto, se le notaron después algunas últimas palabras que la noche de su muerte habló, porque estando ya casi sin sentido, como que veía á alguna persona, ó le hablaba, y decía: «¿Qué es esto, Padre?» (así llamaba á su Hermano); y añadió: «¿Es ya hora que vamos?» Y á la misma murió y pasó de esta vida el Hermano Francisco como un ángel, sin sentimiento ni movimiento alguno de pesar, con ser mozo robusto de 23 años y en la flor de su edad, mostrando en la paz exterior el sosiego del alma que iba á ver á Dios.

Fué el Hermano Francisco muy devoto del Santísimo Sacramento y de la Virgen Santísima; muy dado al ejercicio de la oración, y tan puntual en levantarse á ella, que certificaba su compañero de aposento que apenas oía la segunda campanada al tañer para levantar, cuando luego se ponía de rodillas á tener su oración; á ésta acompañaba con continua mortificación, que son las dos alas con que vuelan al Cielo los que no sólo caminan, sino corren á la perfección; y estas virtudes hacían tan amable á este Hermano, que á todos les fué agradable su trato y comunicación; y el año de 1613 fué Nuestro Señor servido de llevarlo para sí.

CAPITULO IV.

De la dichosa muerte del Hermano Clemente Navarro, estudiante joven de la Compañía de Jesús. Año 1623.

El año de 1623 pasó de esta vida mortal á la eterna, como lo podemos creer de su inocencia de vida y santa muerte, el Hermano Clemente Navarro, de 19 años de edad, y poco más de tres después que fué recibido en la Compañía; y por haber sido tan breve su edad, y tan cortos los años que estuvo en la Religión, y con todo, haber sido felicísima su santa muerte, intitulé con ella este capítulo. Porque verdaderamente el fruto de las virtudes de este angelical joven, resplandeció y se echó de ver bien en la paz y alegría y cantos de divinas alabanzas con que remató su breve vida mortal, para irse á la gloria. Fué natural de la ciudad de México é hijo de padres honrados y señalados en cristiandad; y su hijo Clemente, como lo tenía Dios escogido para sí, él, sin que sus padres le obligasen, se vino á nuestros estudios, y como él dijo á uno de sus maestros, el intento que había tenido en venirse él por sí solo á estudiar, había sido para poder poner por obra el deseo que tenía de ser de la Compañía; añadiendo que daba por muy bien empleados los trabajos que había pasado en sus estudios, con haber conseguido lo que deseaba. Siendo estudiante de fuera procedía con tanta virtud, que tenía sus confesiones y comuniones de tabla cada ocho días, como si fuera Religioso, dando en esto y en las demás virtudes grande ejemplo á sus condiscípulos y aventajándose siempre en los ejercicios literarios, por la grande habilidad de que (como confesaban sus maestros) Dios le había dotado. En el tiempo de su noviciado procedió con grande edificación y humildad, como un ángel en la condición, entre los demás novicios. Habiendo cumplido su noviciado y estudios de Retórica y Humanidades con grande satisfacción, vino al Colegio de México á dar principio á la Filosofía, en que entraba con esperanzas que de él se tenían de grande aprovechamiento en esta facultad. Pero Nuestro Señor, que le tenía destinado y preparado para llevárselo como primicia y fruta temprana al Cielo, cortó aquellas esperanzas con la enfermedad que le sobrevino, de que se siguió su temprana muerte; comenzó con un intenso dolor de cabeza y calentura lenta, que aunque se le hicieron todos los remedios posibles, á los quince días le terminó en una hinchazón de vientre y retención de orina, con que á los diez y siete le acabó. La muerte de este religioso mancebo fué muy de envidiar y muy conforme á su angelical vida, de la cual afirman sus confesores, y en particular el que le confesó generalmente para morir, que se iba al Cielo con la gracia bautismal. Padeció cruelísimos dolores con mucha paciencia, no era molesto con los que hasta su muerte le asistían, llevándolos con mucha conformidad con la voluntad de Dios. Y se presumió que esta tan temprana muerte fué alcanzada á petición del mismo Hermano, como él lo dijo á uno de los nuestros, hablando con él con mucha seriedad, po-

cos días antes de caer enfermo, diciéndole que muchas veces había pedido á Nuestro Señor, y á nuestros Santos Padres Ignacio y Javier, le alcanzasen de Nuestro Señor morir presto, para asegurarse de los grandes peligros de esta vida. Y parece que consiguió esta su petición, porque murió con grandísima paz y sosiego de su alma, y no dejaba de cantar y repetir himnos y jaculatorias á sus santos devotos, y en particular á la Santísima Virgen. Habiendo recibido todos los Sacramentos la tarde antes de morir, pedía á los que entraban á verle limosna para el viaje que hacía con mucho gusto y consuelo suyo. Preguntándole uno de casa qué escogería de mejor gana, irse al Cielo ó quedarse en esta Tierra, respondió que lo primero; y replicándole otro de los que allí se hallaban, que siempre se había de escoger la voluntad de Dios, respondió: «Aquello primero escogía yo por ser la voluntad de Dios.» Lo que á los presentes hizo más reparar en muerte tan temprana, que ordinariamente se suele más sentir, fué que ésta era recibida con tanta alegría, que hasta lo último estuvo rezando el Oficio de la Santísima Virgen y Madre de Dios, y otro que solía rezar de la Purísima Concepción, dispuesto por el Hermano Alonso Rodríguez; y habiéndole rezado, como le dijese un Padre que rezase el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, para suplir los defectos cometidos, él lo cantó en voz alta con tan grande alegría, como si estuviera con entera salud; y habiendo después rezado el Credo, le preguntó el mismo Padre si creía firmemente lo que había dicho, y si daría la vida por ello si fuese menester, respondió en latín: «*Etiam si licuisset mihi sanguinem effundere propter ea quæ in istis verbis continentur.*» Renovó sus votos con grande devoción poco antes de morir, dando mil gracias á Dios, que le llevaba siendo de la Compañía de Jesús. Su muerte fué, finalmente, con cánticos de alegría interpolados con risa, de que se admiraban los presentes, y muy sentida de sus compañeros, los cuales le amaban por su virtud y condición angélica.

CAPITULO V.

Vida breve y excelentes virtudes del Hermano Juan de Heredia, estudiante de la Compañía de Jesús. Año de 1625.

En breves años, y habiendo dado ejemplos de excelentes virtudes, pasó á gozar del premio de ellas á la gloria el Hermano Juan de Heredia, natural de Salvatierra, en la Provincia de Alava en Vizcaya. Entró en nuestra Compañía de edad de 18 años en la Provincia de Castilla la Vieja, estando estudiando Cánones en la Universidad de Salamanca, con deseos grandes de conseguir la perfección religiosa. En ocasión, pues, que en las Provincias de Europa buscaba el P. Hernando de Villafañe, sujetos que traer á esta Provincia de Nueva España, le ofreció la de Castilla la Vieja, como singularmente llamado de Dios, al dicho Hermano Juan de Heredia, el cual todavía estaba pretendiendo su entrada en la Compañía, de cuya vocación quisieron los Superiores hacer prueba, diciéndole: que se ofrecía ocasión de enviar sujetos á las Indias, que si se atrevía á entrar para ir luego á esta jornada; y él, con fervorosos deseos, se ofreció luego para ella, holgándose de entrar en la Compañía y obedeciendo á lo que se le proponía, y ejercitar la virtud que tanto en ella se profesa, y porque Nuestro Señor le había dado antes deseos de ayudar á la gente más vil y desamparada que hubiese, si se lo mandasen, como lo tenía escrito en un papel de los deseos que Nuestro Señor le comunicaba en la oración, por estas palabras: «Dame un gran deseo Nuestro Señor de ir á ayudar en lo que pudiere á los indios.» Cooperando, pues, los Superiores á esta vocación tan verdadera y santa, le dieron la ropa aquel mismo día y fué admitido en la Compañía á 3 de Mayo de 1622, si bien asegurados de su grande vocación, le enviaron en hábito secular con otros de la Compañía que iban de aquella Provincia. Llegado á Madrid, avisáronle que tenía deudos allí, que los visitase; pero al fervoroso novicio, que apenas se había vestido el hábito religioso, estaba ya tan desnudo de afectos de carne y sangre, ni el amor de los parientes, ni las curiosidades de la Corte, lo pudieron sacar un paso del Colegio, sino que se encerró en casa, sin divertirse de su intento, y dándose cuanto podía á la oración en este tiempo. En la ciudad de Sevilla dió la misma edificación, pues teniendo también allí deudos, y convidándole á que los viese, pues estaba libre del traje Religioso para ir solo á ver aquella ciudad, que ni había visto, ni había de volver más á verla, el devoto mancebo excusó totalmente estas salidas; y así, viendo cuán retirado vivía, le volvieron á vestir en Sevilla de la ropa de la Compañía, y desde allí se fué á embarcar al navío, donde fué de mucha edificación, ayudando en los oficios más bajos y humildes. Llegado á la Provincia de Nueva España acabó su noviciado enteramente en la probación de Tepotzotlán, con vivas muestras de los dones que Nuestro Señor le iba comunicando, y siendo para todos vivo ejemplo de humildad y resignación de su voluntad en la de la obediencia. De allí vino á estudiar Humanidades al Colegio del Espíritu Santo de la Puebla; su Superior experimentó aumentos grandes de las veras con que se daba al aprovechamiento de su alma y con una afición rara al ejercicio de la oración, de suerte que ninguna ocupación se la estorbaba, sino que buscaba tiempos en que restaurarla; la aumentaba de ordinario todas las noches y tardes delante del Santísimo Sacramento en el coro. En la regla de dar cuenta de su conciencia á su confesor y prefecto de las cosas espirituales, era muy exacto y menudo, dándola muy en particular de lo que por él pasaba; y cuando se le ofrecía algo que fuese de más consideración é importancia, como quien andaba tan cuidadoso de su aprovechamiento, acudía á comunicarlo con el Superior con grande sumisión, resignación é indiferencia. Su silencio era perpetuo, y lo llamaba y decía que era guarda de su oración; y así, nunca se le oyó palabra fuera de tiempo que no fuese necesaria. En la obediencia mostraba un rendimiento y sujeción tan particular, que nunca se le conoció señal ni mínima insinuación de repugnancia, antes él se adelantaba por sí mismo á cumplir y suplir los oficios y obediencias que otros tenían á cargo, cuando se les traslucía que en ello tenían alguna dificultad ó repugnancia. No sólo mostraba esta sujeción para con los Superiores, sino que á todos los de casa obedecía en cualquiera cosa lícita, como si le fueran Superiores.